

Historia Local e Identidades*

Por: Luis Ervin Prado Arellano**

Resumen:

El artículo pretende mostrar como las historias locales y regionales de corte tradicional, las cultivadas por las academias de historia, expresan al igual que las historias *patrias*, las ficciones fundacionales, que sirvieron para fundamentar la identidad, en un sentido más reducido. Para ello cada región y localidad, apeló a la historia, a la geografía del imaginario y a los cuadros socioraciales que se erigieron en el siglo XIX para establecer una comunidad de intereses imaginada.

Palabras Claves: Historia local, comunidades imaginadas, Identidades, imaginarios, tipificar.

Abstrac:

The article seeks to show as the local and regional histories of traditional court, the cultivated ones for the history academies, express the same as the native histories, the foundational fictions that were good to base the identity, in a more reduced sense. For it each region and town, it appealed to the history, to the geography of the imaginary one and the socio-racial frames that were erected in the XIX century to establish an imagined community of interests.

Key words: Local history, imagined communities, Identities, imaginary, to typify.

La producción historiográfica, como toda construcción social, no es aleatoria. Ello es así porque los seres humanos somos fabricantes de sentidos en todas las acciones que emprendemos, no existe ningún acto social, en el cual no este presente el peso de la cultura, del símbolo, del significado, de una racionalidad implícita o explícita.

Las ciencias sociales no son ajenas a lo anterior y la historia misma. Las tradiciones historiográficas de diversos países occidentales, se encuentran ancladas a unas visiones de mundo propias de cada cultura. Por ejemplo no se puede entender el proyecto de investigación de los “*Annales*” en Francia, sino tenemos en cuenta el desarrollo sociológico estructuralista de Durkheim; de la misma manera la denominada historiografía marxista británica que irrumpe en el mundo académico anglosajón a mediados del siglo XX, es en parte heredera de una historia

* Artículo de Investigación Científica tipo 2: de reflexión, según clasificación de Colciencias. El presente escrito solamente aborda las historias locales, que fueron elaboradas por los historiadores de las academias en el siglo XX, no pretende establecer una extensión a los trabajos de historia local desarrollados por los historiadores profesionales de las universidades colombianas. Parte de las reflexiones planteadas se inscriben en las discusiones del grupo de investigación Estado Nación: Organizaciones e Instituciones (1810–1930), del cual el autor es miembro

Fecha de recepción: 11/05/06

Aceptado para su publicación: 30/06/06

** Licenciado en Historia de la Universidad del Valle, Maestría en Historia de la Universidad Industrial de Santander. Docente de la Universidad del Cauca, Departamento de Historia. Miembro del grupo de investigación Estado Nación: Organizaciones e Instituciones (1810–1930). luisprad30@yahoo.es

radical o popular –según los autores – que se venía cultivado desde la segunda mitad del siglo XIX¹.

Con lo anterior estoy argumentando que los programas de investigación y las tradiciones metodológicas y teóricas, que operan en las sociedades tienen una lógica, una razón de ser, que se encuentra establecido por unos antecedentes que moldean los problemas a estudiar, sus formas de aprehensión de los objetos, e incluso la elección de una apuesta teórica y metodológica.

La historia colombiana no ha sido ajena a lo anterior. A pesar que nuestro país en el momento mismo que irrumpe como una realidad política independiente, se halla ubicado en la periferia económica del sistema mundial capitalista. Su carácter de periferia en lo económico y que indudablemente se refleja en lo científico, ha marcado y en buena parte determinado la producción historiográfica. Desde los albores mismos del nacimiento de lo que posteriormente se denominó una “historiografía nacional”, los cultivadores de la narración histórica buscaron modelos de escritura e interpretación del pasado en los intelectuales de la Europa occidental. Dichos modelos importados –valga la redundancia–, que modelaron la interpretación del pasado en la Colombia y en Latinoamérica decimonónica en general, construyeron parafraseando al historiador Germán Colmenares, unas convenciones culturales que velaron la diversidad cultural y étnica de las noventa naciones².

La Historia Nacional desde su misma acta de fundación en Latinoamérica, se caracterizó por “copiar” modelos, que en aras de presentar una historia del Estado y la Nación, ocultaron y velaron todos aquellos acontecimientos, procesos y actos, que de una u otra forma les “falseaba” el modelo político que querían plasmar en sus textos³. En otras palabras, todos aquellos actores sociales, poblados, grupos humanos, que con sus acciones contrariaban el proyecto liberal que encarnaban los historiadores y que lo narraban en sus historias nacionales a partir de la construcción del Estado y de los grandes hombres, que con sus virtudes cívicas, jalonaban a estos territorios del oscurantismo colonial a los claros del republicanismo, fueron negados, no existieron⁴.

¹ Sobre el particular se puede consultar a: Casanova, Julián. *La historia social y los Historiadores*. Barcelona, Crítica, edición de bolsillo, 2003; Kaye, Harvey. *Los Historiadores marxistas británicos*. Zaragoza, Prensas universitarias, 1989.

² Colmenares, Germán. Las convenciones contra la cultura. *Ensayos sobre historiografía latinoamericana en el siglo XIX*. Bogotá: TM editores / Universidad del Valle / Banco de la República / Colciencias, 4ª edición, 1997.

³ Utilizó el término falseaba, en la manera del filósofo de la ciencia Carl Popper, pero no con las apreciaciones que implica la falsación, de precisar mejor los planteamientos hipotéticos, sino que en el caso contrario, como fueron utilizados por los historiadores latinoamericanos. En este sentido todos aquellos acontecimientos de diversa índole que de alguna manera evidenciaban la precariedad del modelo republicano del Estado liberal, que se quería reflejar en las sociedades hispanoamericanas recientemente liberadas y que por lo tanto “falseaban” el modelo, eran vetados, negados en unas ocasiones y en otros, deslegitimados.

⁴ Estas apreciaciones se plasman en los textos de manera directa, en las expresiones y metáforas con las cuales los intelectuales decimonónicos “pintaron” a los diversos grupos humanos subalternos en la república de Colombia. Generalmente en el caso de José Manuel Restrepo, considerado el primer historiador del Estado colombiano se refería a éstos grupos humanos de buenas maneras, siempre y cuando se mostraran obedientes y sumisos al modelo republicano, pero cuando aparecían como rebeldes, los endilgaba de ladrones, de hez de la sociedad, de hombres que solo buscan el lucro y sigue al demagogo de turno.

De la misma manera estas representaciones positivas y negativas, se dejan ver a lo largo de diversos escritos aparecidos en el siglo XIX. Todo aquel grupo humano que de una u otra forma cuestionara de manera abierta el sistema social, económico y político, era satanizado. He ahí en buena medida las imágenes que se construyeron sobre algunas áreas como el valle del río Patía sobre sus pobladores, por ser una sociedad que forjó unos lineamientos

Por ello y obedeciendo a unas tradiciones intelectuales, proyectos políticos en boga, el cultivo de la Historia en Colombia y en Latinoamérica, que posteriormente se expresó con las fundaciones de las academias nacionales y sus satélites regionales, obedecieron a una visión de mundo. La Historia se convirtió en un dispositivo de poder, por medio del cual se buscaba erigir los mitos fundacionales de la Nación, para ello apelaron a los acontecimientos del pasado que bajo los lentes que auscultaban los documentos coloniales y republicanos depositados en los archivos, sólo vieron lo que quisieron ver. El campo histórico ya estaba prefigurado.

De esta manera sólo era historiable, aquello que de alguna manera demostrara los mitos fundacionales del Estado y la Nación. La conquista de América, las gestas de los conquistadores, las actividades civilizadoras de las ordenes religiosas, junto con una que otra historia de algún acontecimiento ruidoso y sonado, como las rebeliones “antifiscales” de la segunda mitad del siglo XVIII, fueron los temas privilegiados por los historiadores colonialistas. Buscaron en los temas mencionados, presentar los lineamientos modeladores del Estado, de la civilización hispánica y las virtudes de unos hombres que encarnaban ese espíritu que debía ser un ejemplo para la sociedad del presente. La independencia, las biografías de los próceres, uno que otro estadista y militar, que bajo los prismas modeladores había hecho unas acciones que se consideraban meritorias para formar parte del panteón nacional, fueron las elecciones de estudios históricos para el periodo republicano⁵.

Esta denominada historia oficial y académica, a la cual a fines de los sesenta reaccionaron varios profesionales de las Ciencias Sociales, que promovieron la institucionalización de la ciencia histórica en las universidades, es indudablemente producto de una sociedad, de unos intereses, de una racionalidad⁶.

Con lo anterior resalto la parte central de mi argumento, la producción historiográfica tiene una racionalidad, que en muchos casos es implícita, pero que esta, opera y modela el campo histórico. En el caso colombiano, la institucionalización en las academias de la historia obedeció en buena medida a la crisis política que atravesó el Estado y la sociedad colombiana después del marasmo de la guerra de los “Mil días” y la pérdida de Panamá. La Historia, se vio como una narrativa que podría presentar a los colombianos aquellos valores y principios, por los cuales había que luchar: la Nación, el Estado, las virtudes cívicas, aunque ello solo quedase en el plano retórico.

culturales en parte opuestos a la cultura mayor. Cfr. Zuluaga, Francisco. *Guerrilla y sociedad en el Patía. Una relación entre clientelismo político e insurgencia social*. Cali: Universidad del Valle, 1993.

⁵ En un trabajo que va para un década de haber sido editado Alfonso Múnera un historiador por excelencia del caribe colombiano, presentaba en su trabajo como desde el nacimiento mismo de la nación de Colombia y la aparición del libro de José Manuel Restrepo *historia de la revolución de la república de Colombia*, su autor dejaría fijados los mitos fundacionales de la nación, los cuales Múnera, consideraba que los mas sustanciales seguían vigentes. Tres eran esos mitos 1) que la Nueva Granada al momento de la independencia era una unidad política cuya autoridad central gobernaba desde Santa Fe; 2) que el levantamiento criollo del 20 de julio de 1810 se hizo para alcanzar la independencia, pero la división entre centralistas y federalistas, los llevó al fracaso; 3) la independencia fue obra exclusiva de los criollos y los sectores subalternos participaron de manera pasiva. Estas y otras ideas, como las virtudes de los próceres, siguieron siendo reiteradas por los historiadores de las academias oficiales. Cfr. Múnera, Alfonso. *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el caribe colombiano (1717–1810)*. Bogotá, Banco de la república / el Áncora editores, 1998.

⁶ El anterior argumento se puede rastrear en: Arrubla, Mario (editor) *Colombia Hoy*. Bogotá: Siglo XXI editores, 8ª reimpresión, 1992, p. 7

La Historia oficial modeló un tipo de historia para ser enseñada en los planteles educativos, encaminada a enaltecer los principios civilizatorios que encarnó la gesta heroica de la conquista; a promover las virtudes de los padres de la patria y los principales estadistas del siglo XIX. Se ocultó eso si las guerras fraticidas y todo eso que de alguna manera mostraba la división y el disenso en la sociedad colombiana. Es indicativo de ello el libro de Eduardo Riascos Grueso: “*Procerato caucano*”, libro que contiene una serie de biografías de los próceres de las ciudades confederadas del valle del Cauca y sus términos jurisdiccionales. En la obra hay un síntoma recurrente, es que aquellos próceres que sobrevivieron a la guerra magna, apenas si se les nombra para decir que tal o cual participó en una de las contiendas civiles, y cuando lo plasma el autor, es para reiterar que él personaje luchó a favor del gobierno⁷.

En este mismo periodo es que la geografía imaginaria de la Nación hace su irrupción, en dos niveles. Una era la geografía de la patria, que fue identificada y emblemizada. Cada ciudad, cada cabecera municipal, inició un proceso de rebautización de sus viejas plazas centrales con los nombres de aquellos próceres más representativos. Las casas donde habían vivido o había tenido un acontecimiento sonado e importante para la historia nacional, regional o local, que se representaba, fueron identificadas y fijadas placas. En el mejor de los casos buscaron ser conservadas funcionando en ellas algún museo o centro de actividad cultural. De igual manera la geografía patriótica de la independencia empezó hacer identificada y emblemizada, en los campos de batallas, tal vez el mejor ejemplo de ellos sea el puente de Boyacá y el Pantano de Vargas, pero también se hizo en otras áreas regionales. Y al igual que ocurrió con la escritura, esa otra geografía guerrera, la de las guerras fraticidas fue ocultada y negada⁸.

Pero es particularmente central para la exposición, la irrupción también de la geografía del imaginario humano del territorio colombiano. Esas geografías a las que aludo son las fronteras que los historiadores fueron construyendo a medida que iban narrando la historia patria: los territorios patriotas y los territorios realistas. En el caso caucano la provincia de Pasto y el valle del Patía, son las territorialidades en las cuales, se empezó a erigir esas fronteras del orden de las representaciones colectivas. Pero también a lo largo del siglo XIX, con las guerras civiles otra geografía imaginaria irrumpió: la de los territorios rebeldes VS los territorios gobiernistas y la de los Estados soberanos⁹.

⁷ Riascos Grueso, Procerato. *Caucano*. Cali: Imprenta Departamental, 1964; De igual manera se pude rastrear en: Restrepo Sáenz, José María. “*La provincia del Socorro y sus gobernantes*”. En: Boletín de Historia y Antigüedades, Bogotá, Vol. XLI, 1954. En éste último trabajo citado al igual que el anterior se percibe como el autor cuando hace las prosopografías de los gobernantes de la antigua provincia del Socorro más o menos hasta los años sesenta del siglo XIX, buscó minimizar la participación de estos en las contiendas civiles.

⁸ Es muy sintomático que cuando uno recorre el país generalmente encuentra los sitios donde ocurrieron batallas por la independencia identificados con placas, una escultura, u obelisco. Pero no ocurre lo mismos con las batallas de las guerras civiles, incluso en la actualidad se hace difícil ubicar algunos sitios donde acontecieron batallas de este tipo, ya que la memoria social no ha querido conservarlos y porque los toponímicos han cambiado. Lo anterior es una muestra fehaciente de cómo el proceso de fijación de una memoria oficial, estuvo acompañado de la construcción de una geografía de la patria.

⁹ En una obra de Demetrio García Vásquez: *Reevaluaciones históricas*, expone con claridad estas fronteras que aludo: realista y patriota. En ella el valle del Patía hacía el sur se levantaba una frontera imaginaria en donde sus habitantes en buena medida eran hombres bárbaros e ignorantes, frente a su contrapartida los habitantes de las ciudades confederadas del valle. García Vásquez, Demetrio. *Reevaluaciones históricas para la ciudad de Santiago de Cali*. Cali: Palau Velásquez & CIA Editores, 1924. Durante las guerras civiles decimonónicas, diversos escritores que elaboraron tipologías de los grupos humanos en el territorio colombiano, fueron estableciendo una clasificación de sus habitantes según sus características para guerrear. Con ello unos territorios se erigieron como espacios

Este proceso de invención de una geografía imaginada es tan temprana como el nacimiento mismo del Estado colombiano, como lo ha demostrado el profesor Múnera. Fue un ejercicio elaborado en una primera etapa por los intelectuales de la ilustración del tardío periodo colonial, y posteriormente por los intelectuales decimonónicos y del siglo XX (en las cuales tampoco estuvieron ajenos los historiadores de las academias), que en sus descripciones etnológicas, de geografía económica e incluso sociológicas, fueron construyendo unos relatos, en donde los grupos humanos, las regiones, fueron insertados en unas tipologías raciales, unas taxonomías humanas, y en donde la bipolaridad civilización / barbarie, fue modelando una serie de imágenes y contraimágenes en las cuales empezaron a enmarcar las pinturas humanas y sociales de los colombianos¹⁰.

En este ejercicio intelectual las teorías raciales y ambientalistas en boga, fueron el basamento científico por medio del cual se interpretaron a estas sociedades. La teoría del influjo de los climas sobre la organización de los seres humanos, permitió desarrollar una explicación sobre como en los andes se encontraba el vigor y la civilización de la nación colombiana y en las llanuras ardientes y húmedas, se ubicaban los grupos humanos bárbaros y corrompidos. Caldas por ejemplo, de alguna manera compartió las teorías del determinismo geográfico de Buffón, que al decir de Alfonso Múnera:

“Todo se esfuerzo se concentró en demostrar que la cordillera de los Andes estaba dotada de manera natural para dar nacimiento a un hombre física, intelectual y moralmente igual al europeo, sin oponerse a las categorías sobre las cuales se construyó la inferioridad del americano desde Europa; por el contrario, utilizó estas categorías para introducir una variante: no lo andes pero si las tierras costera y ardientes, llanos y selvas del nuevo mundo producían una naturaleza y unos seres humanos irremediamente inferiores”¹¹.

Pero los trabajos de la geografía humana de Colombia no se detuvieron, y con las guerras fratricidas, el “desarrollo” variopinto de muchos territorios, se fue enriqueciendo en la construcción de tipificaciones que forman aun hoy parte de nuestro acervo cotidiano de conocimiento para establecer relaciones con los otros colombianos; imágenes y contra imágenes,

habitados por hombres belicosos, y otros más volcados a actividades pacíficas. Ese fue el caso de los habitantes de la frontera meridional de Antioquia y de la misma élite en Medellín, sobre sus vecinos caucanos. Sobre las tipologías elaboradas acerca de los habitantes de Colombia en una perspectiva guerrera Cfr: Samper, José Maria. Ensayo sobre las revoluciones políticas. Bogotá, Editorial Incunables, 1983. 3ª edición; sobre la percepción antioqueña de su frontera meridional Cfr: Vélez Rendón, Juan Carlos. Los pueblos allende el río Cauca. La formación del Suroeste y cohesión del espacio antioqueño. Medellín, Universidad de Antioquia / Facultad de ciencias humanas y económicas / Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín / Instituto de Estudios Políticos, universidad de Antioquia, 2002, 1ª edición, pp. 276 en adelante; también es interesante el ensayo de Alonso Valencia sobre las representaciones colectivas que se tenían del Caucaño hacia la segunda mitad del siglo XIX, Cfr. Valencia, Alonso. “La Representación social del Caucaño: el papel providencial del mosquerismo”. Cali: Universidad del Valle, Mimeo, S.F.

¹⁰ Un análisis sobre el particular se puede observar en: Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferenciación en el siglo XX Colombiano*. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales. Bogotá, Uniandes/CESO, Colección prometeo, 2005.

¹¹ Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX Colombiano*. Bogotá: Planeta, 2005, p. 73

que modelan nuestras acciones, aun hoy, cuando interactuamos frente a un país, un costeño, un patojo, un valluno, etc.¹².

José María Samper, Manuel Ancizar, Sergio Arboleda, los escritores costumbristas en el siglo XIX; Luis López de Mesa, Eduardo Riascos Grueso, Horacio Rodríguez Plata, Demetrio García Vásquez, entre otros, en el siglo XX, por nombrar solo a unos cuantos, con sus escritos fueron erigiendo las tipificaciones de los grupos humanos en Colombia y por ende también sus fronteras. Es sobre estos ejercicios intelectuales que en buena parte descansan los mitos fundacionales regionales de numerosos territorios en Colombia y que se expresó de manera radical con la reforma territorial durante el gobierno de Rafael Reyes y posteriores gobiernos que dieron vida a los departamentos¹³.

En el caso de la antigua gobernación de Popayán, quedó fragmentada a iniciar el siglo XX en cuatro departamentos (Nariño, Cauca, valle del Cauca y Choco), y una parte que ya había sido antes segregada, junto con Antioquia dio origen a los departamentos cafeteros (Risaralda, Quindío y Caldas). Estas nuevas realidades político administrativas, se enfrentaron como lo había hecho décadas antes el Estado y aun continúa realizándolo, en ir construyendo su territorialidad por medio del establecimiento de una administración que abarcara todos los niveles sociales de sus términos jurisdiccionales; promover unas políticas de distribución de los bienes y servicios a

¹² Para algunos sociólogos del conocimiento cotidiano las tipificaciones son un elemento central en el proceso por medio del cual aprehendemos la realidad exterior “yo aprehendo al otro por medio de esquemas tipificadores aun en la situación “cara a cara”, si bien estos esquemas son más “vulnerables” a su interferencia que otras formas “más remotas” de interacción. Dicho de otra manera, aunque resulte comparativamente difícil imponer pautas rígidas a la interacción “cara a cara”, esta ya aparece pautada desde el principio si se presenta dentro de las rutinas de la vida cotidiana.... La realidad de la vida cotidiana contiene esquemas tipificadores en cuyos términos los otros son aprehendidos y “tratados” en encuentros “cara a cara”. De ese modo puedo aprehender al otro como “hombre”, como “europeo”, como “cliente”, como “hijo jovial”, etc. Todas esas tipificaciones afectan continuamente mi interacción con él cuando, por ejemplo, decido invitarlo una noche para que se divierta antes de tratar de venderle mi producto. Nuestra interacción “cara a cara” llevara la impronta de esas tipificaciones en tanto no se vuelvan problemáticas debido a una interferencia de su parte... Los esquemas tipificadores que intervienen en situaciones “cara a cara” son, por supuesto recíprocos. El otro también me aprehende de manera tipificada: “hombre”, “norteamericano”, “vendedor”, “tipo simpático”, etc. Las tipificaciones del otro son tan susceptibles a mi interferencia, como lo eran las mías a la suya.... Las tipificaciones de la interacción social se vuelven progresivamente anónimas a medida que se alejan de la situación “cara a cara”... La realidad social de la vida cotidiana es pues aprehendida en un *continuum* de tipificaciones que se vuelven progresivamente anónimas a medida que se alejan de “Aquí y Ahora” de la situación “cara a cara”. En un polo de *continuum* están esos otros quienes me trato a menudo e interactúo intensamente en situaciones “cara a cara”, mi “círculo íntimo”, diríamos. En el otro polo hay abstracciones sumamente anónimas, que por su misma naturaleza nunca pueden ser accesibles en la “interacción cara a cara”. La estructura social es la suma total de esas tipificaciones y de pautas recurrentes de interacción establecidas por intermedio de ellas”. Berger, Peter y Luckmann. *La Construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 18ª reimpresión, 2003 pp. 44–50.

¹³ Samper, José María. *Ensayo sobre las revoluciones políticas*. Bogotá, Editorial Incunables, 1983. 3ª edición; Ancizar, Manuel. *Peregrinación de Alpha*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1984. Tomo I y Tomo II; Arboleda, Sergio. *La república en la América española*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1973; López de Mesa, Luis. *De cómo se formó la nación colombiana*. Bogotá. Bedout, 1972; Rodríguez Plata, Horacio. *La inmigración alemana en el estado soberano de Santander en el siglo XIX*. Repercusiones socioeconómicas de un proceso de transculturización. Bucaramanga: Imprenta Departamental, Gobernación de Santander, Secretaría de Educación Pública, 1989; García Vásquez, Demetrio. *Revoluciones Históricas para la ciudad de Santiago de Cali*. Cali: Palau Velásquez & CIA Editores, 1924

sus habitantes y, tal vez lo más importante la creación de una conciencia departamental común, que identificaran los distintos grupos y estratos humanos en un todo¹⁴.

Sobre el último punto, que me interesa resaltar, fue donde las élites departamentales apelaron a las imágenes, contra imágenes y tipificaciones que habían elaborado los intelectuales decimonónicos y de la primera mitad del siglo XX. Pero este ejercicio tuvo dos vías. Las Historias “patrias” departamentales si se puede valer la expresión, sirvieron para construir el propio panteón regional; la geografía de las guerras de independencias regionales y locales se enaltecieron para levantar un imaginario departamental. De esta manera se “inventaron” los sentimientos de identidad departamentales, la historia se utilizó en un sentido pragmático para fundamentar esa invención, construir mitos fundacionales, símbolos y emblemas identitarios¹⁵.

Los cuadros de costumbres del siglo XIX contribuyeron particularmente aquellos de carácter positivo, para en una especie de “sociología” y de “antropología espontánea”, de caracterizar el talante de los hombres que constituían esas nuevas jurisdicciones¹⁶. La misma situación se expresó en los departamentos nororientales (Santander y Norte de Santander), que junto a su procerato regional y local, las descripciones de los cuadros humanos, particularmente del campesino santandereano trabajador, austero, blanco, corpulento y rebelde, ayudaron a construir un nuevo sentido de identidad.

El departamento del Valle del Cauca, con una población rural mayoritariamente mulata y negra, tuvo su élite que buscar otros caminos para la construcción de sus identidades. La historia fue su fundamento. Las ciudades confederadas, la contribución mayoritaria de casi toda la población del valle geográfico del río Cauca a la gesta emancipadora (eso sí en forma anónima); sus pro hombres (Caicedo Cuero, Vallecilla, los Cabal, los Manzuera, entre otros); los proyectos políticos republicanos como el colegio de Santa Librada y uno que otro intelectual resonado en la vida decimonónica colombiana, fueron la argamasa en donde se fundó la identidad del departamento: el civismo vallecaucano - sin desconocer las políticas que a mediados de siglo XX, la élite regional emprendió con asesoría norteamericana -, tienen sus raíces ahí.

¹⁴ Parte de los retos mencionados que se enfrentaron los gobiernos departamentales se pueden consultar En: König, Hans-Joachim. En el camino hacia la Nación. *Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y la nación de la Nueva Granada, 1750 – 1856*. Bogotá: Banco de la república, 1994, pp. 29

¹⁵ Sobre la importancia de los mitos fundacionales, los emblemas y los símbolos, en la construcción de una identidad, en el sentido nacional, Cfr: König, Hans-Joachim. Op cit, pp. 189 en adelante; Hobsbawn, Eric y Terence, Ranger. La invención de la tradición. Barcelona: Crítica editorial, 2004. Para el caso vallecaucano es evidente que las historias patrias de la zona, que se escribieron en las primeras décadas del siglo XX, cuando ya el territorio era una realidad política departamental, el acontecimiento sociopolítico de las ciudades confederadas, fue el acta de nacimiento de la identidad vallecaucana. El hecho se fundamentaba, con la excepción de Caloto, los poblados que se adscribieron a la confederación eran los mismos que formarían posteriormente el departamento. Con ello y de una forma intencional velaron que al interior de la misma suela del valle del río Cauca, existían otros sentimientos de identidad.

¹⁶ Hago referencia a lo espontáneo, a todas aquellas afirmaciones que forman parte del acervo del conocimiento cotidiano de un grupo social y se convierten en una “*internalización*” de la realidad, que se asumen como esencial y “real”, no haciendo ningún esfuerzo para comprobar si las afirmaciones tienen una validez en el orden de lo factual. Buena parte de los trabajos que en el siglo XIX se denominaron de orden sociológico, como los de Salvador Camacho Roldán, se encuentran llenos de dichas apreciaciones, que tienen su origen en las descripciones de intelectuales y escritores costumbristas de los cuadros poblacionales colombianos. Sobre cómo se desarrolla dicho proceso ver: Berger y Luckmann. LA construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrorto editores, 18ª reimpresión, 2003, pásim.

El departamento del Cauca, que al decir de algunos representantes de sus élites les habían sólo dejado, después de la desmembración en departamentos, unas montañas improductivas habitadas mayoritariamente por grupos étnicos. Apelaron a su centro político natural Popayán como foco de civilización que su esencia era una manifestación desde los inicios de la colonia y a lo largo del siglo XIX. Su historia de la independencia, que tuvo momentos ambivalentes, fue en parte ocultado y exaltado los habitantes de la ciudad, como un foco patriota, el panteón de los próceres es un buen ejemplo de ello. Pero también hicieron de la ciudad y sus tradiciones un foco de identidad, en la cual se negó el resto de su territorio (principalmente el Patía y Tierradentro).

El caso del departamento de Nariño, que su mismo nombre era una mácula del Estado colombiano por su “terco” realismo, inventar su identidad departamental fue más complejo. El esfuerzo de sus intelectuales de fines del XIX y a lo largo del XX, ha sido desde la historia, en tratar de justificar su realismo, la cuestión pastusa, la “facción eterna de la montaña”, que tanta tinta se ha escrito y se sigue escribiendo, no permitía como en otros departamentos erigir su propio procerato en las dimensiones que lo habían hecho otras divisiones político administrativas. Tampoco la geografía del imaginario lo permitía, en una sociedad mayoritariamente étnica en franco proceso de campenización, que manejaba dispositivos raciales para legitimar su posición sociopolítica. De ahí que Agualongo y su fidelidad al monarca, junto con las imágenes decimonónicas de los tipos humanos guerreros de sus habitantes - el campesino indio y mestizo trabajador, guerrillero indomable (La Vandee americana) y fiel en sus convicciones- fue el argamasa para construir esa identidad¹⁷.

En este orden de ideas, los mitos fundacionales de la Nación insertos en los relatos de la Historia patria, junto con los lugares emblemáticos, la geografía patriótica y humana, fueron los dispositivos en la construcción de la “comunidad imaginada” colombiana¹⁸. En la cual tampoco

¹⁷ Para el caso del departamento de Nariño sus historiadores convirtieron la figura de Agualongo, en el talante del pueblo “pastuso”, él representó el sentido de fidelidad que debía caracterizar a la sociedad sureña. Las guerrillas fueron comparadas a la Vandee francesa y con ello se resaltaba su accionar al compararla con la famosa guerrilla francesa de la época moderna. Pero también expresaba el sentido guerrero e indómito de un pueblo, que a pesar de las circunstancias, de nadar en contra la corriente de la historia, demostró en su tragedia la valentía, el honor y la gallardía. Sin lugar a dudas uno de los trabajos más emblemáticos sobre el particular es el: Ortíz, Sergio Elías. Agustín Agualongo y su Tiempo. Bogotá: Cámara de representantes, 1987 (existen diversidad de ediciones del trabajo en mención); Motezuma Hurtado, Alberto. Banderas Solitarias. *Vida de Agualongo*. Bogotá: editorial cosmos, 1981.

El peso del realismo en Nariño y la necesidad de justificar su “terca” posición política, llevó a los historiadores de la región a recabar en los archivos información que les permitiera explicar su accionar. La insurrección de los *Clavijos* (1800), fue sin lugar a dudas uno de los acontecimientos que resaltó la historia departamental y posteriormente local, para mostrar que el territorio se había sido patriota, pero la forma como se pacificó la insurrección, se utilizó para argumentar que la brutalidad de las autoridades imperiales había quedado tan fijada en la memoria de los hombres de ese tiempo, que los llevó a no volverse a sublevar al monarca, diez años después.

¹⁸ *Comunidad Imaginada* es el concepto con el cual B. Anderson define la Nación desde una perspectiva antropológica. “Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión..de hecho todas las comunidades mayores que las aldeas primordiales de contacto directo (quizás incluso estas) son imaginadas. Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con que son imaginadas.. La nación se imagina *limitada*, porque incluso la mayoría de ellas, que albergan tal vez mil millones de seres humanos vivos, tienen fronteras finitas, aunque elásticas, mas allá de las cuales se encuentra otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad... Se imagina *soberana* porque el concepto nació en una época en que la ilustración y la revolución francesa estaba destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado. Habiendo llegado a la madurez en una etapa de la historia humana

estuvo excepto, aunque no lo abordo en el texto, el censo y el museo. Ellos fueron las puntas de lanza de un proyecto de erigir una comunidad de intereses comunes y que con la irrupción de las nuevas realidades político administrativas a principios del siglo XX: los departamentos, éstos al igual que el Estado, se vieron abocados a construir sus propios relatos fundacionales de su identidad.

Expongo con lo anterior tres elementos. Las historias regionales de las academias y las imágenes de los grupos poblaciones que elaboraron los intelectuales colombianos con algunas variaciones, permitieron construir en los departamentos sus mitos fundacionales, sus relatos integradores, sus fronteras imaginarias, y sus sentidos de identidad.

El ascenso en las primeras décadas del siglo XIX de las historias regionales y posteriormente de las locales - que hablare más adelante – obedecieron a unas racionalidades y no partieron de un punto cero, había ya una tradición que modeló las formas de representar el campo histórico, en donde lo patriótico, lo racial, las virtudes que se querían expresar al conjunto nacional, fue lo escultor. Por ello buena parte de dichas historias tienen una forma de tramar en comedia, eran unas historias emblemáticas que lo que se quería resaltar era una serie de principios, que se plasmaban en una figuras, que muchas de ellas estaban en las plazas centrales de las ciudades. Pero negando u ocultando buena parte de la sociedad tanto nacional como departamental¹⁹.

Finalmente, que el proceso de construcción de las identidades y los mitos fundacionales, es una invención hecha por los intelectuales. Una constante que ha resaltado ya E. Hobsbawm y B. Anderson, en los procesos de la construcción de los nacionalismos. Son finalmente los intelectuales que por medio de la literatura, escritos políticos e históricos y con el ascenso de una lengua literaria contribuyeron en muchas áreas del mundo a inventar la Nación, a erigir una memoria, y unos intereses comunes²⁰.

Las denominadas historias locales o monografías municipales, a pesar de la crítica que hoy la historia profesional institucionalizada en las universidades hagan de aquellos trabajos, elaborados por el decir de un historiador “*de alguno de sus agradecidos, ilustrados y generalmente emigrados y nostálgicos hijos*”²¹. Lejos de ser un ejercicio intelectual de anticuario (me refiero a los trabajos más densos, con alta investigación documental), tienen una razón de ser. Ellas en buena medida han contribuido al establecimiento de una identidad local. Pues al igual que las historias patrias nacionales y regionales, han levantado su propio procerato, su

en la que incluso los mas devotos fieles de cualquier religión universal afrontaban sin poder evitarlo el *pluralismo* vivo de tales religiones y el alomorfismo entre las pretensiones ontológicas de cada fe y la extensión territorial, las naciones sueñas con ser libres y con serlo directamente en el reinado de Dios. La garantía y el emblema de esa libertad es el estado soberano. Por ultimo, se imagina como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puede prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten, y sobre todo, estén dispuestos a morir por imaginaciones tan limitadas”. Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México, FCE, 2ª reimpresión, pp. 23 – 25, sobre las importancia de los museos y la geografía en la nación ver en el mismo libro el capítulo X.

¹⁹ Sobre las formas de tramar la escritura de la historia Cfr. White, Hayden. *La Metahistoria*. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 2001. pp.

²⁰ Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*, Op cit, pp.102 en adelante; Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica editorial, edición de bolsillo, 2000.

²¹ Gutiérrez Ramos; Jairo. “Tres lustros de historiografía sobre la región santandereana: 1978–1992”. En: *Revista UIS Humanidades*. Bucaramanga: 23, 1994, pp. 79–87.

geografía patriota, sus emblemas en la cuadratura urbana. Han obedecido a una visión de mundo que ha modelado la forma de representar el campo histórico y con ello ha marcado un sentido e incluso una responsabilidad histórica en sus habitantes²².

Considero que también fueron una reacción de parte de los intelectuales de las localidades, a la imagen homogenizante que los proyectos de identidad departamental quisieron manifestar. Negando, al igual que las historias nacionales oficiales y de academia, la diversidad latente y manifiesta que había a lo largo y ancho de sus territorios.

Hoy los retos de la Historia local pasan por otros parámetros. Esas historias en busca de antepasados ilustres del poblado, de mitologías y leyendas lugareñas, de las gestas épicas que emprendieron, deben dar paso a otra forma de representación del campo histórico, que avance en la indagación de procesos estructurales y como estos se insertaron en las localidades. Una nueva apuesta, en la cual las convenciones contraculturales en las cuales muchas de ellas fueron escritas, permitan dar participación a nuevos actores sociales, a nuevos procesos historiables y que se conecten con el mundo.

El parroquialismo, expresión de ese sentido de archipiélago regional existente en Colombia, hoy no puede seguir vigente, la microhistoria italiana y las denominadas historias conectadas son una buena alternativa teórica metodológica para la indagación histórica local. Pero al igual que ocurrió con el pasado, indudablemente también contribuirán de otra forma a construir identidades. Pues hoy sabemos que ellas no son estáticas, son raíces móviles que constantemente se mueven y buscan nuevos cimientos. La historia y la identidad hoy como ayer... continúan.

A manera de conclusión, el ascenso de las denominadas historias locales en la primera mitad del siglo XX en Colombia y que aun hoy se siguen cultivando por parte de uno que otro intelectual, que quiere enaltecer su poblado. Fueron elaboradas a mi modo de ver en el mismo sentido que se gestaron las historias regionales, con el advenimiento de la realidad departamental. Sus Hortelanos, con ello promovían de una manera explícita o implícita la cristalización en el papel de unos elementos identitarios, que en buena medida estaban presentes en la memoria colectiva de sus habitantes.

Basta solamente “echar un vistazo” a los índices de aquellos libros para percatarse que tienen unas regularidades: el proceso de fundación, del cual generalmente tiene algún antepasado ilustre de la conquista, si son poblaciones coloniales o de personajes vinculados a las familias emblemáticas de la localidad, si son ya poblados del periodo republicano; el proceso de independencia en la que se resalta la participación del poblado en la guerra y se procura desentrañar los capitales axiológicos que existen en el pasado (puede ser el tránsito de Bolívar o

²² Hago aquí particularmente referencia a como la historiografía local de la rebelión de los comuneros (1781), en varios municipios santandereanos, ha mantenido vivo en la memoria de sus habitantes el sentido de rebeldía por las injusticias. Al punto que muchos movimientos cívicos, principalmente por cobertura de los servicios públicos han llevado el nombre de los comuneros, con algún adjetivo. Esto fueron los casos que se presentaron en los años ochenta de los municipios de Barbosa y Socorro.

Indudablemente ha sido el trabajo de los historiadores regionales y locales, el que ha permitido mantener perenne en la memoria colectiva de los habitantes de los antiguos poblados comuneros una “gesta” que ya cumplió más de doscientos años. Igualmente ha permitido mantener las imágenes del santandereano rebelde, luchador y guerrero, que no se deja “joder” de nadie. Pero también esas mismas historias locales han contribuido a mantener vivas las tipificaciones que al interior de un departamento existen: los de Piedecuesta son garrotero, los de Zapatoca tacaños, los del Socorro atravesados, etc. tipificaciones que queramos creerlas o no, actúan al momento de las relaciones sociales que establecemos cara – cara. Se han interiorizado y son escenificadas.

algunos de los militares más importantes de la Guerra Magna, alguna batalla, algún miembro que tuvo un accionar importante, etc.); las obras republicanas, como puede ser un colegio santanderino en el mejor de los casos o alguna institución educativa de renombre; las actividades económicas; las fiestas religiosas; las vías de comunicación; las leyendas y mitos populares, entre otros.

Esta panorámica descripción de los contenidos generalmente presentes en las historias locales, expresan el ejercicio de plasmar un relato integrativo y el establecimiento de una memoria hegemónica, que permite construir la identidad colectiva. Se evidencia lo anterior en los ejercicios escolares que los docentes de primaria hacen para que sus educandos vayan a la biblioteca municipal e investiguen las anteriores temáticas nombradas²³.

Las historias locales son un relato del ámbito parroquial que permite a sus habitantes reconocerse ellos mismos. Pues si bien aunque no sea nombrados todos los lugareños, los contenidos que se encuentran al interior de sus páginas (iglesia, escuela, vías, alcaldes, curas, casas, cuentos, leyendas, etc.) forman parte de una experiencia compartida y de gran significado, en tanto lo relatado es su espacio social, material y espiritual objetivado, en el que se desenvuelven sus cotidianidades. Fortaleciendo la memoria, el sentido de identidad y resignificando su entorno.

²³ Sobre el relato y su importancia de integración Cfr: Martín-Barrero, Jesús. “Colombia ausencia de relato y desubicación de lo nacional”, En: *Martín-Barrero, Jesús (coordinador). Cuadernos de Nación. Imaginarios de nación, pensar en medio de la tormenta*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2001, pp. 17 - 29

Bibliografía

ANCIZAR, Manuel. Peregrinación de Alpha. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1984. Tomo I y Tomo II ANDERSON. Benedict. Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo. México, FCE, 2ª reimpresión, 2005.

ARBOLEDA, Sergio. La república en la América española. Bogotá: Biblioteca del banco Popular, 1973; ARIAS VANEGAS, Julio. Nación y diferenciación en el siglo XX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales. Bogotá, Uniandes / CESO, Colección prometeo, 2005.

ARRUBLA, Mario (editor) Colombia Hoy. Bogotá: siglo XXI editores, 8ª reimpresión, 1992.

BERGER, Peter y LUCKMANN. La Construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu editores, 18ª reimpresión, 2003.

CASANOVA, Julián. La historia social y los Historiadores. Barcelona, Crítica, edición de bolsillo, 2003.

COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía latinoamericana en el siglo XIX. Bogotá: TM editores / Universidad del Valle / Banco de la República / Colciencias, 4ª edición, 1997.

GARCÍA VÁSQUEZ, Demetrio. Revaluaciones históricas para la ciudad de Santiago de Cali. Cali: Palau Velásquez & CIA Editores, 1924.

GUTIÉRREZ RAMOS; Jairo. “Tres lustros de historiografía sobre la región santandereana: 1978 – 1992”. En Revista UIS Humanidades. Bucaramanga: 23, 1994.

HOBBSAWM, Eric y TERENCE, Ranger. La invención de la tradición. Barcelona: Crítica editorial, 2004.

KAYE, Harvey. Los Historiadores marxistas británicos. Zaragoza, Prensas universitarias, 1989.

KÖNIG, Hans-Joachim. En el camino hacía la Nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y la nación de la Nueva Granada, 1750 – 1856. Bogotá: Banco de la república, 1994.

LÓPEZ De MESA, Luis. De cómo se formó la nación colombiana. Bogotá. Bedout, 1972.

MARTÍN – Barbero, Jesús. “Colombia ausencia de relato y desubicación de lo Nacional” en: Ídem. (coordinador) Cuadernos de Nación. Imaginarios de nación, pensar en medio de la tormenta. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2001.

MONTEZUMA HURTADO, Alberto. Banderas Solitarias. Vida de Agualongo. Bogotá: editorial cosmos, 1981.

MÚNERA, Alfonso. El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el caribe colombiano (1717 – 1810). Bogotá, Banco de la república / el Áncora editores, 1998.

MÚNERA, Alfonso. Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano. Bogotá: Planeta, 2005.

ORTIZ, Sergio Elías. Agustín Agualongo y su Tiempo. Bogotá: Cámara de representantes, 1987 (existen diversidad de ediciones del trabajo en mención).

RESTREPO SÁENZ, José María. “*La provincia del Socorro y sus gobernantes*”. En Boletín de Historia y Antigüedades, Bogotá, Vol. XLI, 1954.

RIASCOS GRUESO, Procerato Caucano. Cali: imprenta departamental, 1964

RODRÍGUEZ PLATA, Horacio. LA inmigración alemana en el estado soberano de Santander en el siglo XIX. Repercusiones socioeconómicas de un proceso de transculturización. Bucaramanga: Imprenta departamental, Gobernación de Santander, secretaria de educación pública, 1989.

SAMPER, José Maria. Ensayo sobre las revoluciones políticas. Bogotá, Editorial Incunables, 1983. 3ª edición.

VALENCIA; Alonso. “La Representación social del Caucano: el papel providencial del mosquerismo”. Cali: Universidad del Valle, mimeo, S.F.

VÉLEZ REDÓN, Juan Carlos. Los pueblos allende el río Cauca. La formación del Suroeste y cohesión del espacio antioqueño. Medellín, Universidad de Antioquia / Facultad de ciencias humanas y económicas /Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín / Instituto de Estudios Políticos, universidad de Antioquia, 2002, 1ª edición.

ZULUAGA, Francisco. Guerrilla y sociedad en el Patía. Una relación entre clientelismo político e insurgencia social. Cali: Universidad del Valle, 1993.